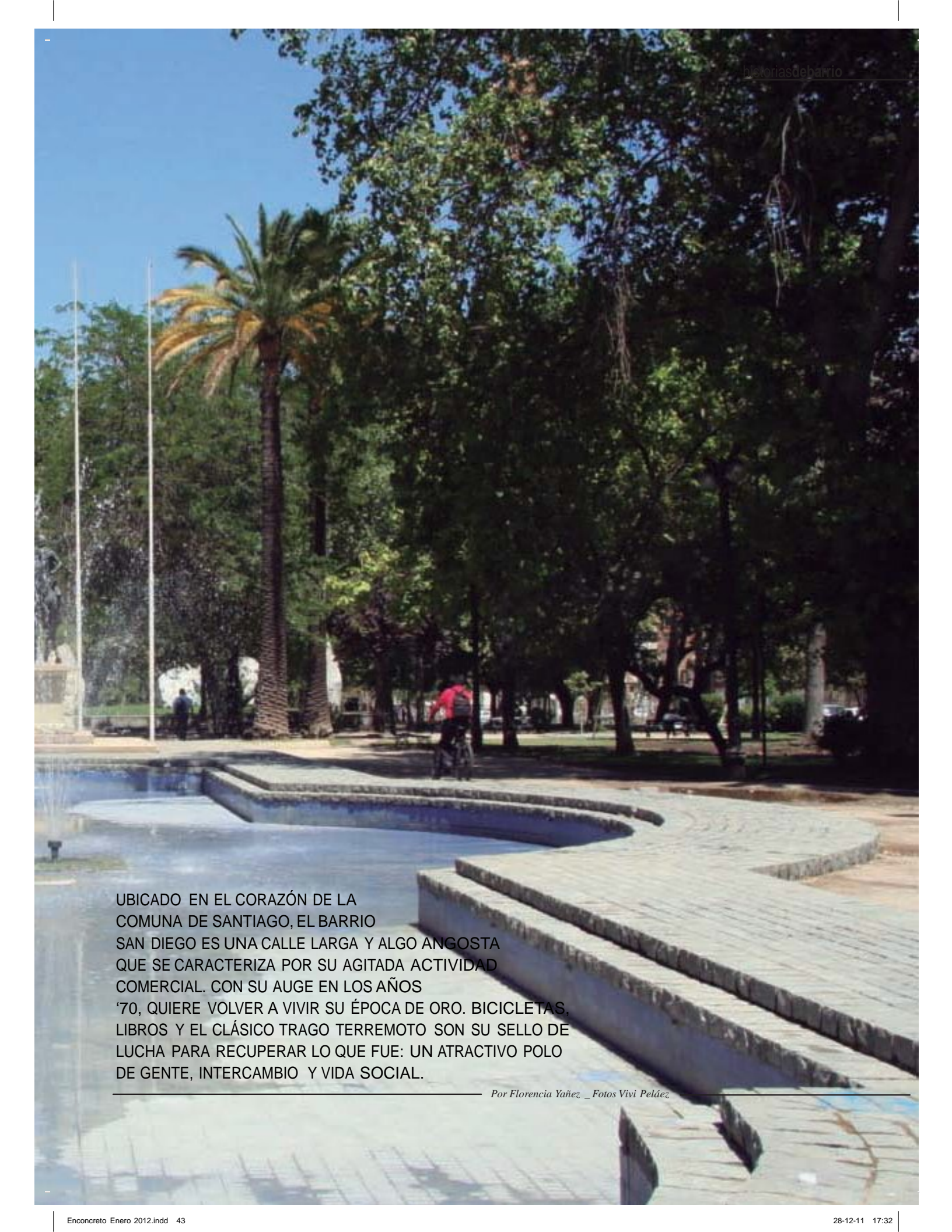


San Diego

DESTELLOS *DE NOSTALGIA*



UBICADO EN EL CORAZÓN DE LA COMUNA DE SANTIAGO, EL BARRIO SAN DIEGO ES UNA CALLE LARGA Y ALGO ANGOSTA QUE SE CARACTERIZA POR SU AGITADA ACTIVIDAD COMERCIAL. CON SU AUGE EN LOS AÑOS '70, QUIERE VOLVER A VIVIR SU ÉPOCA DE ORO. BICICLETAS, LIBROS Y EL CLÁSICO TRAGO TERREMOTO SON SU SELLO DE LUCHA PARA RECUPERAR LO QUE FUE: UN ATRACTIVO POLO DE GENTE, INTERCAMBIO Y VIDA SOCIAL.

Por Florencia Yañez _ Fotos Vivi Peláez

estudiantes que hacen una larga fila en el Teatro Cariola para ir a uno de sus cursos teatrales y miles de bicicletas, de todos los colores y tamaños.

Todo ello combinado en una sola calle. En sólo unos pasos. “Pero a pesar del barullo, se escuchan ecos. Ecos de cultura”, explica Jorge Canales, un hombre de 55 años, de piel morena y curtida, que vivió hace 40 años en el barrio y hoy trabaja como conserje en el nuevo edificio que se ubica al frente de la Plaza Almagro. Tiene más de 20 pisos y se sitúa a pasos de la Plaza Carlos Pezoa Véliz, un lugar tapizado de 38 locales de libros, poemas y música. Son pequeños sitios, atiborrados de escritos. No se ve nada más.

“Hoy todo se junta, todo se mezcla. Lo nuevo con lo viejo. Lo viejo con lo nuevo. Para muchos, algo feo, pero para mí lo atractivo de San Diego”, agrega Jorge. Su gente, los productos, el aterrizaje del mall chino y

la remodelación de sus esquinas son algunas de las huellas que conviven.

Y los hitos, para él, siguen latente, junto a las nuevas mercancías que se ofrecen, los edificios y el desgastado pavimento. Por eso, los recorre de a uno. Para dedicarles tiempo, dar sus impresiones y revivir los años dorados que gozaron junto al auge del barrio San Diego, un lugar que nació como avenida: su nombre viene de la antigua iglesia de San Diego, que estaba ubicada en la esquina sur poniente de la Alameda y su importancia comenzó cuando se convirtió en la ruta de salida al sur del país.

TEATRO CARIOLA: UN TELÓN DIFERENTE

Caminando desde un costado de la Casa Central de la Universidad de Chile, la primera parada de este barrio es la más antigua y su fachada sigue intacta. Está ubica-

“Olor a gas. Olor a lluvia seca. Al paso. De los obreros que se desgranaron. De los agonizantes autobuses. Suenan. Todos los tangos en las radios. En el mismo minuto. La calle San Diego’. Así recuerda, algo desordenado y confuso, el poeta Pablo Neruda a esta calle que se empuja a pasos de la Alameda. No hay lluvia, pero sí algunos buses que transitan, una pizca de olor a gas y mucho ruido.

Vendedores ambulantes, construcciones casi listas que afinan sus últimos detalles,

Al caminar por la calle San Diego es posible ver cómo la nostalgia de lo antiguo convive con la modernidad.





La plaza Carlos Pezoa Véliz alberga 38 locales donde se puede encontrar una amplia variedad de libros y discos.

da a dos cuadras del metro Universidad de Chile, en San Diego 246. De colores opacos, a un costado izquierdo está la boletería con retoques dorados. Tiene cinco pisos y alberga dos salas: Carlos Cariola, que tiene 1.100 butacas, y otra más pequeña, de apenas 150 asientos, y que lleva el nombre del actor Alejandro Flores.

El recinto nació el año 1945 en manos del destacado dramaturgo Carlos Cariola, quien estaba cansado de la falta de espacios para la cultura en la capital. Eran los años del boom del cine sonoro en Chile y había que buscar un espacio para revivir la cultura. "Acá venía mi viejo con mis abuelos a gozar del show", agrega Jorge. Sus ojos se ponen llorosos y toca sus paredes con suavidad. Ya no hay ruido. Ni música. Salvo una fila de 20 estudiantes que esperan para entrar a un taller de teatro.

No ha sido remodelado. Está igual y uno de sus pisos se ha convertido en una sala de ensayos para algunos cursos de la Universidad Los Leones, que tiene una fachada roja

y grande a dos cuadras de ahí.

En aquellos años, las lentejuelas de los telones del Teatro Cariola brillaban con todo su esplendor. En cada show sus butacas estaban repletas, sobre todo en los espectáculos de zarzuela, los favoritos del público santiaguino de comienzos de la década de los '70. Tras la función, actores, comediantes, vedettes, autores y otros amigos de la bohemia capitalina enfilaban hacia la Alameda, casi llegando a Estado, y en el restaurante El Bosco celebraban los aplausos con los que el público los había premiado.

Pero El Bosco ya no existe y las lentejuelas de los telones no brillan como antes. Hoy, rara vez el teatro se llena. Una de esas pocas ocasiones se registra cada Semana Santa, cuando se presenta la obra Jesucristo Superstar. La época de esplendor se terminó en los '80, con todo el apagón cultural que vivió el país durante el gobierno militar. Y, en consecuencia, las obras de martes a domingo se esfumaron. Al menos por un tiempo.

En estos días se intenta revivir la pasión

“OLOR A GAS. Olor a lluvia seca. Al paso. De los obreros que se desgranaron. De los agonizantes autobuses. Suenan. Todos los tangos en las radios. En el mismo minuto. La calle San Diego” (Oda elemental, Pablo Neruda).



A la izquierda, los clásicos juegos Diana; a la derecha Iglesia Los Sacramento.

UN ANFITEATRO
para eventos culturales
y un café literario, si es que
todo funciona, serán parte
de un proyecto de
remodelación del barrio,
que tiene como principal
objetivo atraer a más gente.

por las tablas y la música, por eso sus dos salas se arriendan. Ahí se realizan conciertos, algunas piezas teatrales y funciones para colegios que ofrecen distintas compañías con obras que son parte del plan de estudios. “Aún así, es el teatro más grande después del Municipal y se entremezcla con otras construcciones a mal traer”, comenta algo enojado Jorge Canales, quien muestra fotos gastadas de los mejores momentos del Teatro Cariola. Y que hoy, para él, está lejos de despertar.

UNA IDENTIDAD LATENTE

Hay lugares, sin embargo, que mantienen en gloria y majestad lo más destacado de la época de auge del barrio. Es el caso del

bar Las Tejas, picada y zona de tocatas instalada en el número 249 de la calle, donde se han vivido medio siglo de música y alegría. Ubicado a tres cuadras del metro Universidad de Chile, es uno de los lugares más antiguos de San Diego junto al Teatro Cariola.

Nació el año 1942 y tras sufrir un incendio, 30 años más tarde, se trasladó a la calle Nataniel. Pero tras casi dos décadas de titubeos y cambios, decidieron volver a instalarse en el barrio. “La historia tira”, explica Cristián Lira, su actual dueño. Y es que este lugar ha sido el nido y semillero de historias llenas de política, diversión y música. En 1964, por ejemplo, albergó la gran convención en honor y apoyo a Salvador Allende y hoy, 47 años después, celebró junto a la So-

nora Palacios su medio siglo de vida.

Jarras de terremoto, panes con pernil y arrollado con mucho ají son parte de la esencia de esta "picá". Entrar es como retroceder en el tiempo. Paredes blancas con toques rojos, fotos de mujeres que gozan bailando una cueca brava y un escenario grande están en todos los rincones de este bar y restaurante.

No quiere cambiar. Su dueño, Cristián Lira, no pasa de los 50 años y es joven y alegre. Mucha gente le ha preguntado por qué no lo remodela. "No me parece lo mejor. La idea es entrar aquí y retroceder 30 o 40 años", confiesa. Además, su objetivo es revivir la época dorada del barrio San Diego. Recuperar su identidad, su vida, su aire. Y también atraer nuevas generaciones para que conozcan lo que fue.

Por eso, Lira lo quiere convertir en el epicentro de la cumbia. "Ser la cuna, el lugar

que vive", explica. Atraer a todas las generaciones para rescatar y difundir la historia de Las Tejas. "Por tradición y herencia, hay que hacerlo", remata, mirando un pocillo con pebre, un ingrediente característico del lugar que acompaña el pan amasado, la cazuela y la carne mechada. Tres clásicos que siguen intactos. Al igual que este bar.

A PASOS DE LA INFANCIA

A casi cuatro cuadras más al sur del metro Universidad de Chile, la Alameda y el Bar Las Tejas, y específicamente en San Diego 438, se encuentra la fachada de "Entretenimientos Diana".

Fundada en 1934 por Roberto Zúñiga, tiene un carrusel, una rueda que da vueltas y un sinfín de atractivos para todas las edades. Su nombre nace en honor a una diosa mitológica, que representa una cazadora y que fue la marca de los primeros rifles ale-

manes con los que su fundador comenzó su negocio con un pequeño tiro al blanco.

"Cuando tenía ocho años era obligación venir para acá los domingos", recuerda Jorge Canales. "Mi padre era obrero y mi mamá no trabajaba, así que lujos no existían. Sólo los Entretenimientos Diana", confiesa. Hoy lo recorre a pasos pausados, tocando la mayoría de ellos. Todos tienen colores fuertes y le recuerdan su infancia. Una feliz, que revivió hace unos meses atrás cuando trajo a su nieto Rafael, quien acaba de cumplir tres años. "Todo sigue con la misma chispa. La alegría, las risas, los niños que corren", agrega Jorge mientras sonríe.

Pero hoy, un día se semana, está vacío. Sólo cuatro adolescentes hacen fila para los mismos videojuegos, el resto luce desolado y tranquilo, al igual que la Plaza Almagro que está al frente y la plaza Carlos Pezoa Véliz, que alberga 38 locales de libros y discos.

Aunque el 2011 no fue el mejor año para los vendedores de libros, se trabaja en un proyecto para que pronto el barrio reciba una nueva cara.





A la izquierda el bar Las Tejas; a la derecha, uno de los tantos negocios de bicicletas que se puede encontrar en la avenida.

“No sé qué pasa, pero todos los días está así: vacío”, dice Manuel Orellana, apuntando la plaza. Las marchas estudiantiles, los paros y las tomas, él cree, son la razón. Porque para este vendedor, el año pasado fue aburrido y el local que comparte junto a su hermano vendió poco. Casi nada.

Su tienda es la número 38 y ofrece textos escolares. El nombre está borrado. “Por la DINA, que nos obligó a hacerlo”, cuenta. Y sigue intacto: con sólo letras rojas en mayúscula, donde se lee “Local 38”. “No quiero cambiarlo. Para qué, si no viene nadie. San Diego ya no es la calle de los libros: ahora es la de las bicicletas”, remata.

Manuel Orellana tiene razón: basta con empezar a caminar para encontrarse en la segunda cuadra desde la Alameda con tres tiendas seguidas de este rubro. Hay de todos los tamaños, colores y estilos.

Bicimundo, Margabike, Bicicletas Mena y el Rey de la Bicicleta son sólo algunas. Todas a precios asequibles para encontrar la ideal. La mayoría, con todo el equipamiento, repuestos y accesorios, se encuentra después de la calle Santa Isabel y casi llegando a Gran Avenida. A pasos del Teatro Cariola y el Bar Las Tejas, en cambio, sólo hay cuatro locales,

más pequeños y principalmente para niños.

Pero a pesar de este boom, diferente es la posición de Jorge Pizarro, tesorero de la Agrupación Cultural de Desarrollo y Defensa de la Plaza Carlos Pezoa Véliz, que nació hace cuatro años. Dueño y vendedor del local Homero, es parte hoy de la directiva que se formó con la idea principal de enfrentar los cambios y modernizaciones del barrio. “Estábamos quedando como un lunar, una mancha”, dice. Por eso, se unieron, discutieron y crearon un plan de remodelación que presentaron a la Municipalidad de Santiago. Ya fue aceptado y actualmente esperan el “vamos” del alcalde Pablo Zalaquett.

Un anfiteatro para realizar eventos culturales y la instalación de un café literario, si es que todo funciona, serán parte de este proyecto que tiene como principal objetivo atraer a más gente. “Por eso, los nuevos edificios no deben mirarse como algo negativo. Al contrario, hay que verlos como un público nuevo y que hay que ir a conquistar”, agrega.

Las nuevas librerías se instalarán en ocho naves principales en forma de pentágono, donde caben cinco locales en cada una. “Actualmente, los quioscos tienen cuatro metros cuadrados y los nuevos

tendrán casi seis. También contarán con iluminación propia”, explica el librero. La idea es remodelar el espacio en formato “plaza dura” y modernizarla al igual que sus alrededores.

Lo nuevo y lo viejo. Todo junto, mezclado en una sola calle que alberga un teatro, más de diez locales de bicicletas, vendedores ambulantes, juegos infantiles y millones de libros. Los edificios antiguos de San Diego, con sus fachadas derruidas y descascaradas, recuerdan a esas ciudades balcánicas bombardeadas durante la guerra. Evocan en la memoria imágenes, en algún momento vistas, de una ciudad castigada, sufriendo y abandonada.

Al mismo tiempo, y en sintonía, está lo nuevo: edificios de más de 20 pisos, colores nuevos y el inminente mall chino. “Todo convive. Todo. Pero hemos perdido lo que éramos antes, un barrio popular de compras y eso, hay que recuperarlo”, dice Jorge Pizarro, el vendedor de libros que, mientras habla, toma su café.

Calles que mezclan un poquito de todo. Bicicletas, libros, cumbia. Una melodía que quiere renovarse en cada una de sus cuadras, pasajes y rincones. Por más que cueste.

